

Prólogo a la edición española

Este libro aborda la violencia política que marcó la historia de Italia a partir de finales de los años sesenta y durante todos los setenta, esos años que a menudo se recuerdan como «los años de plomo», título de una maravillosa película de Margarethe Von Trotta sobre el terrorismo de izquierdas, aunque en Alemania Occidental, no en Italia.

El nombre de las Brigadas Rojas, el grupo armado más famoso de estos años, y el secuestro y asesinato de Aldo Moro en 1978, traspasaron las fronteras nacionales convirtiendo la lucha armada italiana —su virulencia, su larga duración y la cantidad de personas implicadas— en tema de estudio de la sociología política internacional.

Estas páginas se ocupan de estos asuntos una vez más, con un enfoque histórico que tiene tres objetivos: el primero es poner en orden la secuencia de acontecimientos, para poder discutir sobre posibles causas y consecuencias sin caer, como ha sucedido a menudo, en errores que son incluso cronológicos; el segundo es incorporar al estudio otros actores sociales que también practicaron la violencia política en esos años, que no fue ni mucho menos solo de izquierdas; y finalmente, cuestionar las razones más frecuentemente esgrimidas para explicar por qué en Italia, y no en otras partes, 1968 tuvo entre sus resultados la lucha armada. Para tratar de responder a esta última pregunta, compararemos lo ocurrido en Italia con otros países europeos que atravesaban una situación similar, sobre todo con Francia.

El concepto de violencia política no es sinónimo de lucha armada, ni mucho menos de terrorismo. La violencia ha sido

desde siempre una herramienta de lucha política, más aún desde el nacimiento de los partidos que representan a campesinos y trabajadores con el objetivo revolucionario de derrocar el poder establecido. No es, por tanto, una invención de 1968, ni es monopolio de los años de conflicto que le siguieron, y a los que nos referimos frecuentemente usando el 68 como una etiqueta más política que cronológica. En la historia política contemporánea, invariablemente, la violencia reaparece siempre que los conflictos sociales desafían el orden establecido. Así sucedió en todo el mundo en 1968, cuando por doquier, en las universidades de Berkeley o Roma, Berlín o Madrid, Belgrado o Varsovia, los estudiantes se enfrentaron con la policía. En algunos países, además, antes y después que los estudiantes, y a veces con ellos, los trabajadores de las grandes fábricas fordistas salieron a la calle a luchar por sus derechos en manifestaciones que muchas veces acabaron en conflictos violentos, y organizaron huelgas y piquetes para interrumpir el trabajo, con mejores o peores modos, en todas las líneas de producción y cadenas de montaje.

08

En Italia, el vínculo entre las protestas estudiantiles de 1968 y el conflicto obrero del 69 fue particularmente fuerte —bajo el lema «trabajadores y estudiantes unidos en la lucha»—; así, la negociación de los convenios colectivos del sector metalmeccánico, corazón de la clase obrera italiana, estuvo marcada por las duras luchas obreras del «otoño caliente» de 1969, que desembocaría en importantes conquistas de los trabajadores.

La respuesta fue una bomba en la sede del Banco Nacional de Agricultura en la Piazza Fontana de Milán, el 12 de diciembre de 1969. Un atentado anónimo, con 17 muertos y 105 heridos, del que muy pronto las autoridades acusan a anarquistas y extremistas de izquierda. Contra ellos se dirigen, de inmediato y en exclusiva, las investigaciones policiales, que conducen al arresto de Pietro Valpreda y la muerte en comisaría de Giuseppe Pinelli (dramático episodio reflejado en la obra *Muerte accidental de un anarquista*, de Dario Fo). Las autoridades aducen que Pinelli se ha tirado por la ventana abrumado por su culpabilidad, y esta es la versión difundida por la gran prensa y televisión nacionales.

La extrema izquierda defenderá otra versión en sus propias revistas y publicaciones, y la gritará en calles y plazas: la masacre es obra del Estado. También la prensa extranjera se hará eco de estas acusaciones hablando, por primera vez, de la «estrategia de la tensión», una «oscura maniobra dirigida a crear un clima de miedo y confusión en el país para estabilizar un poder en crisis».

Con el atentado de Piazza Fontana comienza, en diciembre de 1969, un viaje dramático que llena Italia de sangre. De 1969 a 1974 explotarán seis bombas anónimas (incluida la de Milán), que dejan 50 muertos y 364 heridos. Y en este viaje, también el conflicto social se tiñe de sangre.

Este es el tema principal que va a ocuparnos. Pero antes de permitir al lector adentrarse en él, creo que algunas indicaciones sobre la Italia de esos años pueden ser útiles para comprender el contexto en el que se van a suceder los acontecimientos.

Desde finales de los años cincuenta, Italia vive un período de crecimiento económico impetuoso (los años del boom) que la saca del atraso y la pobreza dejados por el fascismo y la guerra. Este crecimiento, sin embargo, no llega a todos, y excluye particularmente a la clase trabajadora. En una enorme ola de migración interna, millones de jóvenes del Sur dejan su entorno social y se dirigen hacia las grandes ciudades industriales del Norte; entre 1955 y 1970 unos 25 millones de italianos cambian de residencia, 10 de ellos para instalarse en otra región.

Una de las consecuencias de los profundos cambios que están teniendo lugar, en Italia como en casi todo el mundo desarrollado, es el crecimiento del número de estudiantes y el acceso a la universidad de los hijos de la clase media urbana (y en menor medida también de las clases trabajadoras). No es por casualidad que, en todo el mundo, el 68 comienza en las universidades.

En Italia, la revuelta del 68 (en realidad, las ocupaciones de facultades comenzaron ya desde los últimos meses de 1967) explota en una sociedad políticamente dominada por un bipartidismo imperfecto, con la Democracia Cristiana (DC) en el gobierno, y el Partido Comunista Italiano (PCI) como mayor

partido en la oposición; un partido que, sin embargo, no es una alternativa real de gobierno debido a la situación internacional.

La DC ha estado en el gobierno desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Es un partido católico y conservador, con gran calado de corrientes sociales católicas y profundas raíces populares, pero también muy próximo a la jerarquía católica y al Vaticano. Es además el partido de referencia para EEUU, que le otorga una función de contención del comunismo y garante de la permanencia de Italia en el bloque occidental.

El PCI, por su parte, es el mayor partido comunista de Europa occidental (junto con el francés, hasta finales de los años sesenta). Su prestigio ha crecido enormemente en los últimos años de la dictadura de Mussolini y las luchas partisanas contra el invasor nazi y sus aliados fascistas. Participa en los primeros gobiernos de coalición tras el final de la Segunda Guerra Mundial, pero queda excluido en mayo de 1947, al empezar la Guerra Fría. A partir de ese momento, el PCI estará en la oposición, primero frente a gobiernos de centro y luego de centroizquierda cuando, a comienzos de los sesenta, el Partido Socialista Italiano rompe la alianza con los comunistas para gobernar junto a la DC. El PCI controla el mayor sindicato nacional, la CGIL (Confederación General Italiana del Trabajo) y lidera las luchas en la industria y en el campo, pero, en plena Guerra Fría, su vinculación ideológica —y económica—, con la Unión Soviética lo excluyen como posible partido de gobierno.

En este contexto, 1968 introduce un elemento de ruptura en el marco político. El movimiento estudiantil y los conflictos obreros de las grandes fábricas del Norte surgen independientemente del PCI y son, a menudo, críticos con él. El carácter autónomo de los movimientos respecto de las fuerzas clásicas de la izquierda institucional se afirma con fuerza en conflictos que cuestionan el orden establecido y relanzan apasionadamente la idea de una ruptura revolucionaria. De este torbellino, que no es solo político, sino que implica valores culturales, identidades y formas de ser, Italia —al igual que otros países sacudidos por el 68— sale alterada y transformada.

Durante los años setenta se hablará del llamado «caso italiano», caracterizado políticamente por tener la mayor izquierda del mundo occidental, un Partido Comunista que obtendrá más del 34% de los votos en las elecciones de 1976 (con una participación del 90%) y que, en el transcurso de la década, conquistará el poder en casi todas las ciudades importantes (Roma, Milán, Turín, Génova, Florencia, Bolonia, Nápoles, Venecia), y una nueva izquierda («izquierda revolucionaria» o, hasta 1976, «izquierda extraparlamentaria») que, aun con malos resultados electorales, retiene la hegemonía en el discurso y la batalla de las ideas, con tres diarios nacionales —el *Manifesto*, el *Quotidiano dei lavoratori* y *Lotta continua*— y multitud de revistas. Bajo la influencia de la izquierda, una serie de reformas cambian radicalmente la faz del país, las luchas callejeras se traducen en derechos y aumentos salariales para los trabajadores y se produce una fuerte redistribución entre clases sociales. La Italia de esos años es un verdadero laboratorio político (de signo opuesto al de los años 2000, con la regresión de Berlusconi primero y el soberanismo racista del actual gobierno de la Liga Norte-Cinco Estrellas).

En este contexto, la lucha política se radicaliza: los enfrentamientos entre manifestantes y fuerzas policiales, y entre los militantes de izquierda y los neofascistas, acarrearán numerosas víctimas. Las bombas que explotan en bancos, trenes y plazas vuelven a llevar la muerte al corazón de la política. Algunos grupos de extrema izquierda se plantean la posibilidad de la lucha armada y deciden pasar a la clandestinidad.

Mientras tanto, el mundo occidental atraviesa una crisis violenta que parece debilitar su hegemonía. Atrás queda la edad de oro del crecimiento continuo y el pleno empleo. El mundo ha visto al último helicóptero despegar del tejado de la embajada americana en Saigón, tras retirar la bandera de las barras y estrellas. Es el final televisado de la guerra de Vietnam, con la derrota del gigante americano frente al David vietnamita de los arrozales. El año anterior había estado marcado por el escándalo del Watergate.

En Europa del Sur, a mediados de la década, caen los tres regímenes autoritarios y parafascistas de Grecia, España y Portugal.

La Revolución de los Claveles inflama todo el continente anunciando la posibilidad concreta de una revolución en Europa (toda una generación de militantes de los movimientos y partidos de la extrema izquierda italiana pasará el verano de 1974 en Portugal).

La derrota del carácter socialista de la revolución portuguesa y, más aún, los sangrientos golpes de estado de América Latina abren vías de reflexión más sombrías y de confrontación en la izquierda italiana. La experiencia chilena llevará definitivamente al PCI a elegir el «compromiso histórico», esa estrategia que busca llegar a un acuerdo político con la DC para asegurar una alternativa de gobierno que pueda ser «tolerada». Para la extrema izquierda, será la confirmación de que ningún cambio real es posible sin una ruptura revolucionaria capaz de resistir a la reacción incluso con las armas.

Este es el contexto en el que deben leerse los años setenta italianos, esos años en los que «nadie se resigna a quedarse en su sitio», en los que «hasta el obrero quiere un hijo ingeniero» y en los que el asalto al cielo de clases subalternas, jóvenes y mujeres toma también la forma de una violencia extrema.

*«Llevamos la violencia en las entrañas,
y su olor se siente por las calles.»*

Luca Rastello, *Piove all'insù*
(Llueve hacia arriba)